

T. KINGFISHER

MAGO
MENOR

Traducción de Mercedes Guhl

GRANTRAVESÍA



Oliver era un insignificante mago menor. Su animal familiar se lo recordaba varias veces al día.

Únicamente conocía tres hechizos, y uno de ellos sólo servía para controlar su alergia a la caspa de armadillo. Sus intentos por invocar espíritus elementales resultaban en sangrado por la nariz, y había pocas cosas más penosas que el hecho de que los espíritus dejaran el círculo para que le pasaran un pañuelo, le dieran unas palmaditas tranquilizadoras y luego desaparecieran en una nube de magia. El armadillo prácticamente se había hecho pipí de la risa.

Era un insignificante mago menor.

Por desgracia, era la única opción que tenían.



Estaban todos en las afueras de la aldea: el niño, el armadillo y el gentío. Nadie se movía. Si un artista hubiera pintado un cuadro con esa escena, probablemente lo habría titulado «Muchedumbre inmóvil con armadillo», o tal vez «Turba inquieta, interrumpida».

Oliver observó a la multitud. Hasta hacía cosa de una hora, todas esas personas habían sido sus amigos o vecinos.

Ahora eran semidesconocidos que hacían lo posible por mostrarse serios y tristes, aunque más bien se veían asustados y un poco vacilantes. Era mala cosa ver esos sentimientos en las caras de tantos adultos.

—Anda, ponte en marcha —dijo Harold, el molinero—. Cuanto antes emprendas el camino, más rápido vendrá la lluvia.

Hizo un ademán para que se alejara, como si Oliver fuera un pollo que se hubiera metido a deambular por su patio.

Harold, el molinero, no era un hombre apuesto, y menos aún cuando se ponía tan colorado por una mezcla de ira y vergüenza, así que Oliver dio media vuelta para mirar hacia el camino.

Era una franja de tierra recocida del color de los huesos. Serpenteaba por entre los campos arados en un primer trecho, a la par que los canales de riego que se veían llenos de ortigas, para luego desaparecer a lo lejos, por encima de una colina y más allá. Lejos, muy lejos, la masa de la Sierra de la Lluvia parecía una mancha azul oscura contra el cielo.

Oliver conocía las granjas por las que pasaba el camino, al menos hasta llegar a la colina. A partir de ahí, lo que había era campos en barbecho, y más allá... nada.

Bueno, seguramente había *algo*, pero nadie iba por esos rumbos. No es que estuviera prohibido ni que fuera peligroso, sino que no existía razón para hacerlo. No había nada que valiera la pena visitar.

La multitud de aldeanos se movía, nerviosa. Alguien entre los que estaban más atrás murmuró algo, y los demás lo hicieron callar de inmediato.

Suele suceder que un grupo de gente resulta ser menos que la suma de sus partes. Pocas personas en esa multitud habrían

considerado seriamente poner a un niño —por más que ese niño también fuera un mago— en la situación de tener que emprender un viaje para llevarles la lluvia. Pero una vez que todos se reunieron, la conversación por alguna razón se había ido convirtiendo en discusión, cada vez más acalorada y seria, y lo que había parecido una simple idea pasó a ser una orden. Y, de pronto, un grupo de personas que no llegaba a ser muchedumbre, pero no era tampoco una reunión amistosa de vecinos, había llegado a la puerta de la casa de Oliver. Y él había temido que el molinero lo sacara a rastras de la casa, cogiéndolo por el cuello de la camisa.

Eso era algo que nunca antes le había preocupado a Oliver, y no le gustaba para nada.

Lo peor de todo era que él, *de cualquier forma*, había estado planeando ponerse en camino.

No era necesario ser un mago para saber que los cultivos necesitaban lluvia. Hasta los campos que había a cada lado del camino, que eran regados a mano con todo el cuidado del mundo, se veían mustios. Las hojas pendían ajadas, como si las plantas jadearan de calor.

No era necesario ser mago para darse cuenta de que, si las lluvias no llegaban, las cosas iban a ponerse muy difíciles en la aldea.

Y, por supuesto, tampoco era necesario ser mago para saber que la madre de Oliver no iba a permitir que su hijo de doce años partiera hacia la distante Sierra de la Lluvia, sorteando bandidos y monstruos y quién sabe qué más.

Su madre era una mercenaria retirada, pero no tan retirada para no haber dado dos vueltas a la plaza principal pateando y pegando a Harold por atreverse a sugerir semejante cosa. Sólo que ella se había ido a Wishinghall para ayudar a su hija

con su bebé recién nacido, y había dejado a Oliver, pues la aldea necesitaba a su mago, así fuera un insignificante mago menor.

Oliver había empezado a preparar su mochila casi en cuanto su madre había salido de la casa. Pero no había imaginado que la aldea entera se iba a materializar ante la puerta antes de que tuviera oportunidad de marcharse.

Lo gracioso —bueno, no exactamente divertido, pero daba algo de risa— era que él había estado dispuesto a poner en riesgo su vida por su aldea, y ahora allí estaban, exigiéndole que hiciera algo que en todo caso ya planeaba hacer, y al parecer muy dispuestos a expulsarlo si no se iba por su propia voluntad.

Habría mentido si dijera que eso no le había amargado un poco el entusiasmo.

—Mmmm —dijo Vezzo. Tenía la piel curtida de un granjero y las manos anchas y llenas de cicatrices—. Mira, Oliver, no es que nos guste la idea, pero sucede que eres el mago de la aldea, y tu labor consiste en traer las lluvias. Tu predecesor hizo el viaje a la Sierra de la Lluvia cuando era muy joven.

—¿Cuán joven? —preguntó Oliver, con una idea más o menos precisa de la respuesta.

—Mmmm —respondió Vezzo, y pareció encontrar algo fascinante metido bajo sus uñas.

—Veinticinco —dijo el armadillo, que había estado en silencio hasta ese momento—. Mi madre era su animal familiar en ese entonces.

—Calla, calla —dijo Harold en voz alta, empeñado en no mirar al armadillo. Daba la impresión de que nunca le había gustado el animal familiar de Oliver, lo cual era una buena razón para que a Oliver no le cayera bien él—. Nada de eso,

muchacho. Eres el mago, así que todo va a salir bien. Y no te estamos obligando. Eres el mago. Traer la lluvia es tu *misión*.

«¡Y yo iba a hacerlo!», pensó Oliver. «¡Estaba indeciso entre llevar tres pares de calcetines o sólo dos, y después iba a alimentar a los pollos y a ir a la granja de Vezzo para que él pudiera contarle a mi madre adónde había ido!».

Vezzo estaba de pie junto a Harold. Parecía un buey tremendamente incómodo, pero buey en todo caso, y bloqueaba el camino de Oliver.

—*Es tu misión, Oliver* —le dijo en voz baja—. No es que me guste la idea, pero necesitamos la lluvia.

Había pliegues y arrugas entre los ojos del granjero y unos surcos más profundos a cada lado de su nariz, tan marcados que daba la impresión de que él mismo los hubiera arado.

—Me lo hubieras podido preguntar, ¿sabes? —contestó Oliver, algo triste. Siempre le había caído bien Vezzo.

—Se suponía que veníamos a preguntártelo, solamente —respondió el granjero, y le dirigió una mirada llena de amargura a Harold—. Pero por alguna razón se convirtió en algo más que eso.

Oliver suspiró.

—Está bien —dijo—. Pero debes ser *tú* el que se lo cuente a mi madre, ¿de acuerdo? No él —señaló a Harold con un ademán—. Él le va a salir con alguna historia absurda con tal de salvar el pellejo. Tú sí le vas a contar lo que verdaderamente ha sucedido.

—A ver... —empezó a decir Harold, con los ojos desorbitados por la ira.

—Así lo haré —contestó Vezzo, sin hacerle caso al molinero—. Te prometo que le contaré lo que ha pasado tal como ha sucedido. Va a ponerse como una furia, pero me encargaré de decírselo. Te doy mi palabra.

Alargó una mano.

Oliver la estrechó. La mano de Vezzo era el doble de grande de la suya, y estaba cubierta de callos.

La multitud entera pareció suspirar. El armadillo también, y apoyó su cuerpecito acorazado en las espinillas de Oliver.

—Muy bien —comentó Harold, el molinero—. Si ya estamos de acuerdo...

—Ya... —dijo Oliver—. Deje ya de hablar, ¿de acuerdo? Voy a ir, ¿está bien? Iba a hacerlo de todos modos.

El molinero dio la impresión de que quería decir algo al respecto, pero Vezzo le puso una de sus enormes manos en un hombro, y el hombre guardó silencio. Eso daba algo de alivio.

Oliver observó a la multitud. Nadie pronunció palabra. Vio a la amiga de su madre, Matty, que siempre estaba cocinando, y que el día anterior le había llevado un pastel de carne para cenar, pero ella no se atrevió a mirarlo. Estaba retorciendo su delantal entre las manos, y parecía que estaba a punto de ponerse a llorar.

Oliver se dirigió a ella:

—Matty.

Al oírlo, ella levantó la vista, mordiéndose el labio, y él se dio cuenta de que ya estaba llorando.

—¿Te harás cargo de darle de comer a nuestros pollos mientras estoy fuera? —le preguntó. Cualquier cosa que él estuviera a punto de decirle no era tan importante como las lágrimas que rodaban por el rostro de la mujer—. Y de regar la huerta, y...

Se le acabó lo que quería decir. La magnitud del hecho de que en realidad iba a partir le hizo sentir como si se estuviera ahogando.

Llevaba dos semanas planeándolo, desde que su madre había dicho que se iría a Wishinghall, pero no había dado la impresión de ser algo real sino hasta ahora. Sentía ganas de llorar, pero no lo haría en ese momento, a la vista de todos.

Matty asintió, y emitió un ruidito triste, para luego tirar de su delantal y cubrirse la cara.

—Muy bien —dijo Oliver. Se echó la mochila al hombro. La sentía pesada, más que nada por sus releídos libros: la *Enciclopedia de magia cotidiana* y *101 Recetas esotéricas caseras*, y la olla de cobre más pequeña de todas las que tenía su madre. Llevaba algo de dinero, un poco de comida, y tres hechizos.

Confiaba en que fuera suficiente.

—Ten cuidado, Oliver —le dijo Vezzo—. Por el camino de aquí hasta allí verás malas tierras.

Oliver hubiera querido preguntarle: «¿Y por qué no vienes conmigo?». Pero no lo hizo porque en el fondo sabía la respuesta. Él era el mago. Él era todo lo que tenían.

Pero no se sentía seguro para responder nada, así que dio media vuelta y emprendió el camino. El armadillo corrió pegado a sus talones, como un perrito acorazado.

Oliver miró atrás unas cuantas veces, con la esperanza de que alguien se lanzara tras él gritando: «¡Voy contigo!», o «Todo ha sido un error, ¡vuelve aquí!», pero nadie lo hizo, y desaparecieron rápidamente, como si estuvieran avergonzados. Sólo Vezzo permaneció en el lugar, observándolo mientras se alejaba. Las dos veces que Oliver miró atrás, lo vio agitar la mano para despedirse, y a la tercera ocasión cedió y le devolvió el gesto, para no sentirse como si se estuviera yendo al exilio.

Oliver caminó durante una media hora, sumido en sus pensamientos.

¿Qué les había pasado a todos en la aldea? Un día eran sus vecinos, la gente con la que había crecido, y luego, una mañana determinada, se comportaban de manera...

Tanteó buscando una palabra dentro de su cabeza. *Extraña. Irracional. Aterradora.*

Cuando Harold y Vezzo se plantaron ante la puerta y le exigieron que partiera hacia la Sierra de la Lluvia, él había tratado de explicar que iba a ir en cualquier caso, pero fue como si ni siquiera lo *escucharan*.

Era cosa de la sequía, claro, pero antes también había habido sequías y la gente no se había puesto así.

O debía ser por las nubes.

Hacía una semana, la temporada seca debía haber terminado. El cielo se había cubierto de nubes gruesas con la parte inferior de un gris azulado oscuro, y todos habían estado a la espera, porque eso presagiaba lluvia. En la aldea reinaba un silencio casi absoluto de tanta expectativa. Se habría podido distinguir el sonido de una gota al caer en un radio de varios kilómetros, y la gente contenía la respiración.

Pero no llovió.

Las nubes habían flotado por encima de los campos durante casi un día entero, y luego se habían alejado hacia el este, empujadas por los vientos que las agrupaban y las perseguían. Los bordes de las nubes se deshilacharon en jirones grises, y el cielo tras ellas apareció de un azul duro e inclemente.

Los aldeanos hubieran podido afrontar la falta de lluvia. Oliver estaba seguro de que lo que los había llevado al extremo era la *esperanza* de lluvia, que les había sido arrebatada de repente.

Se preguntó si habría sido igual cuando su predecesor partió para llevar la lluvia de regreso. Todo el mundo hablaba de eso como si hubiera sido un acto heroico, pero ¿y si al viejo también lo hubieran arrinconado los granjeros, comportándose de esa manera tan rara?

Era una idea inquietante.

Y tampoco contaban nunca cómo lo había conseguido. Sólo decían que «había llevado la lluvia de regreso» y algunos hablaban de los Pastores de Nubes. ¿Y si que todo fuera un hechizo? «¿Qué pasará si llego a la Sierra de la Lluvia y resulta que no soy lo suficientemente bueno y los Pastores de Nubes no me dan ni la hora?».

Iba preocupado pensando en eso cuando el armadillo lo hizo tropezar.

Oliver soltó un quejido, moviendo los brazos en grandes círculos, y a duras penas consiguió evitar la caída saltando hacia un lado en un solo pie.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó irritado, mirando a su animal familiar como si lo quisiera fulminar.

El armadillo hizo un gesto expansivo con una de sus garras. Oliver miró a su alrededor.

No había nada. Los campos se extendían en todas direcciones, resecos y tostados. La aldea era visible como una mancha color fango que había quedado atrás. El cielo era de un azul duro, pero quebradizo. Daba la sensación de que, si uno lo golpeaba, podría romperse los nudillos contra él.

—¿Qué?

—Hace calor —replicó el armadillo—. Bebe algo.

—¡Oh! —ahora que pensaba en ello, se dio cuenta de que tenía mucha sed. Le dolía la cabeza de algo más que darle vueltas a las cosas. Y el sudor empapaba el cuello de su camisa. Buscó la cantimplora que pendía de su cinturón—. No se me había ocurrido.

—No está bien largarse dando zancadas enfurecidas y olvidar de cuidarse un poco —dijo el armadillo.

—No estoy enfurecido —lo corrigió Oliver—. O sea, *en todo caso* iba a partir, pero... bueno. De acuerdo, estoy algo enfadado, sobre todo con Harold —se sentó y bebió un trago de agua, y luego fijó la vista en el pico de la cantimplora, aunque sin mirarlo en realidad—. Es sólo que... ¿qué es lo que ha sucedido? Por la manera en que se comportaban, parecía que los hubieran embrujado o algo así.

—Pero no estaban embrujados —contestó el armadillo—, si es que te interesa mi opinión profesional.

—Ya lo sé —dijo Oliver—. No he estornudado ni una vez. Si alguien los hubiera embrujado, yo habría empezado a moquear como una fuente. Es sólo que... no sé... —se frotó la frente con los nudillos.

Permaneció allí sentado unos minutos, envuelto en la oscuridad rojiza que había tras sus párpados. Después de un rato, una cabecita escamosa le dio un empujón despreocupado a su mano. Oliver le rascó tras las orejas que conocía

tan bien. Seguía un poco enfadado, pero tenía que meter ese enfado en alguna parte al fondo de su cabeza para no terminar por contestarle mal al armadillo o a cualquiera que no se mereciera esa reacción.

Claro, suponiendo que hubiera más gente entre el punto en el que se encontraban y la Sierra de la Lluvia.

Se le cruzó un pensamiento por la cabeza.

—Mmmm... ¿Armadillo?

—¿Sí?

—¿Y cómo llegaremos a la Sierra de la Lluvia? Quiero decir, veo las montañas allí a lo lejos, pero me refiero a si hay alguien a quien tengamos que buscar o un camino determinado que debemos tomar...

—¿No te lo explicó tu predecesor?

—Bueno, estoy seguro de que pretendía hacerlo —Oliver se sintió mal por dar a entender que el mago anterior de su aldea, ese anciano encantador, había pasado por alto sus deberes—. Pero... mmm... bueno... su mente divagaba un poco al final... y...

—Estaba más chiflado que una libélula borracha —concluyó el armadillo sin rodeos—. Olvidó eso también, ¿eh?

—Estoy seguro de que tenía la intención de decírmelo —Oliver estaba decidido a dejar en alto la reputación del viejo mago. Había sido extremadamente amable con ese mocoso al que la magia le llegaba en accesos repentinos e inexplicables, y Oliver jamás había olvidado esa gentileza, ni siquiera cuando el viejo ya estaba algo chiflado y había empezado a llevar la ropa interior en la cabeza.

—Tres hechizos —el armadillo caminó arrastrando las patas—. Tres hechizos y lo que sea que hayas aprendido de sus desvaríos. Un niño entrenado por un viejo senil. Es absurdo. Y a pesar de todo, supongo que eres nuestra única alternativa.

Oliver se dijo que no iba a contestarle nada cortante a su animal familiar.

—Por fortuna, en este caso en particular, mi madre me dio una descripción detallada de la ruta a seguir. Yo debería ser capaz de encontrar el camino —el armadillo hizo una pausa, mirando la sombra distante de la Sierra—. Eso creo.

Eso no era especialmente reconfortante, pero al menos no estaban viajando sin tener la menor idea de hacia dónde iban. Oliver le dio un último trago a su cantimplora, se levantó y se sacudió un poco. El blancuzco polvo del camino se había adherido a sus pantalones formando franjas color crema.

—¿Y te dijo qué había que hacer cuando llegáramos a la Sierra? —preguntó el armadillo.

—Mmmm —Oliver se rascó la nuca. La notó granulosa—. No exactamente. Pero allí es donde viven los Pastores de Nubes, ¿verdad?

—¿Lo es?

—Pues es lo que dice todo el mundo.

—Está bien, no tengo la menor intención de llevarle la contraria a *todo* el mundo.

Oliver sabía que el armadillo lo decía en tono sarcástico, y dijo:

—Yo ya he tratado de discutir con todo el mundo, y ya ves en qué ha terminado.

El armadillo murmuró algo entre dientes.

Siguieron andando.

«Bien, mirándolo por el lado bueno, si mamá cree que me han obligado a partir, no se enfadará conmigo, sino con Harold».

Era un pensamiento muy alentador. El viaje lo asustaba un poco y (para ser completamente sinceros) lo asustaba más que un poco lo que podría haber al final del camino, pero

esas dos cosas palidecían en comparación con el terror que le producía la ira de su madre.

Si ella llegaba a enterarse de que se había escabullido para ir a buscar la lluvia... ¡por todos los infiernos! Probablemente ella no habría estado *dispuesta* a dejarlo salir de la casa antes de que se muriera de viejo. Y si hubiera logrado que lo dejara, habría sido por pura *suerte* y nada más.

Pero ahora podría regresar como un héroe. Su madre estaría encantada de verlo y no le gritaría por haberse ido. Harold era el que iba a llevarse la peor parte, y no él.

Cosa que, además, se merecía. Oliver estaba seguro de que había tratado de patear a su animal familiar una vez, porque creyó que él no lo estaba viendo.

A pesar del calor, Oliver empezó a silbar.

«Me pregunto cómo serán los Pastores de Nubes».

La hilera de huellas de patas que se dibujaba al paso del armadillo empezó a trazar líneas que iban y venían de un lado a otro del camino. Oliver estiró el brazo y lo levantó para cogerlo.

—Todavía puedo caminar —dijo el armadillo.

Oliver no dijo nada. Los armadillos tienen su dignidad. Tras unos momentos, su animal familiar apoyó la mejilla acoirazada contra la de Oliver y suspiró.

